

MIRANDO AL MEDITERRÁNEO: LA BÚSQUEDA DE LA ARMONÍA EN LA ESTÉTICA ROMÁNTICA

Agustín Ramos Irizar
Universidad del País Vasco

Resumen

Se trata de investigar la importancia que el mar Mediterráneo ha tenido en la constitución de la idea de armonía tanto en Grecia, donde nace, como en la estética romántica. El Mediterráneo ejerce una profunda atracción sobre el alma de las grandes figuras del romanticismo, que buscan en este mar un espacio no sólo físico sino también simbólico en el que encontrar una fuente de inspiración poética, de salud y armonía espirituales, de reencuentro con la armonía perdida, de libertad y de amor. En un ambiente de búsqueda de la belleza, de la calma y de la aventura surge el interés romántico por el Mediterráneo. Goethe, Byron, Hölderlin, Dumas, Berlioz, Stendhal, son algunos de los “turistas del Mediterráneo” que aquí brevemente se estudian como ejemplos del papel inspirador que dicho mar ha jugado en el pensamiento y el arte de una época que ha tenido a la Naturaleza como uno de los ejes de su reflexión e inspiración.

Palabras clave: Romanticismo, Estética romántica, Armonía, Mediterráneo, Naturaleza, Unidad.

Abstract

This paper investigates the importance the Mediterranean Sea has had in the constitution of the idea of harmony in Greece, where it was born, and the importance it has in contemporary aesthetics. The Mediterranean exerts a deep attraction upon the soul of the great figures of romanticism that search in this sea for, not only a physical space, but also for a symbolic space, in which a source of poetic inspiration, health and spiritual harmony, as well as a re-encounter with the lost harmony, freedom and love, are to be found. In an environment of searching for beauty, calm and adventure the romantic interest for the Mediterranean arises. Goethe, Byron, Hölderling, Dumas, Berlioz, Stendhal, are some of the “Mediterranean tourists” which are briefly studied here. They are examples of the inspiring role the Mediterranean Sea has played in the thought and the art of a time that has adopted Nature as one of its axes for reflection and inspiration.

Key words: Romanticism, Romantic aesthetics, Harmony, Mediterranean Sea, Nature, Unity.

1. Grecia y el Mediterráneo, cunas de la idea de armonía

Mediterráneo, mar de contrastes, de intensa luz, regocijo del pensamiento y la reflexión serenos, tranquilos. Grecia, la cuna de la Filosofía Occidental y de nuestro recogimiento estético, es para Hipolite Taine¹ la comarca que ha nutrido y formado a este pueblo tan precoz y tan inteligente. Nuestro autor lo relata diciendo que al norte del mar Egeo, el clima es duro aún, semejante al de la Alemania central. La Rumelia no conocía los frutos del sur, no había mirtos en su costa. El contraste es sorprendente cuando, descendiendo hacia el Mediodía, se entra en Grecia y comienzan los bosques de árboles siempre verdes, el aire tibio del mar y de las costas que hace brotar el arroz, el algodón, el olivo. En Eudeba y en el Ática se ven palmeras que abundan en las Cíclades. En la Argólida hay espesos bosques de limoneros y de naranjos. También se encuentran dátiles africanos en un rincón de Creta. En Atenas, que es el centro de la civilización griega, señala nuestro autor entusiasmado, crecen los nobles frutos del sur, sin cultivo. No hiela más que cada veinte años y los calores del verano son moderados por las brisas marinas. La temperatura es excelente.

No era de extrañar que en este país se viviera al aire libre. Un pueblo formado por tal colima se desarrolla más de prisa y más armoniosamente que otros, opina Taine. El hombre no se siente ni abrumado ni ablandado por el excesivo calor, ni envarado o rígido por culpa del frío. Este tipo de individuo no se detiene en contemplaciones místicas ni en la brutal barbarie, al no estar condenado a la inercia soñadora o al ejercicio continuo. Es un país de montañas y de costas. El mar penetra por muchos golfos y ensenadas. Esto hace que sus ciudadanos se interesen por la vida marítima, sobre todo porque el terreno de montaña no basta para alimentar a los habitantes.

Todas estas circunstancias climáticas y geográficas van influir en el nacimiento de un pueblo culto, ordenado y especulativo, donde la idea de armonía va a cobrar especial interés. El espíritu fino, ingenioso, se manifiesta. El asunto es interesante porque Ulises, el héroe griego de Homero, es cauto, precavido, astuto y muy mentiroso, siempre pensando en sus propios intereses, que también son los de su familia y los de su ciudad. En el fondo late la búsqueda de un equilibrio, de una justicia. Se piensa en ella en provecho propio, pero también se busca favorecer a los demás. Cuando

¹ TAINE, H.; *Filosofía del Arte*, Aguilar, Madrid, 1957.

Platón en la *República* habla de Homero, nos dice que era un fabulador y, sin embargo, reconoce que muchos elementos resultaban interesantes con el encantamiento que sus obras producían en los espíritus de los ciudadanos. Lo que le reprochaba Platón a Homero era, curiosamente, su profundidad estética, el encandilamiento de los sentidos que producía en quienes, como el mismo Platón, leían sus obras. Esta aparente contradicción no resulta problemática, sino más bien todo lo contrario, porque, de hecho, va a ser la base de la resolución de ideas y de problemas; va a estar en el fundamento de la idea de armonía. Pero antes de adentrarnos en este asunto, debemos seguir tratando otros para contextualizar adecuadamente el tema.

Continuamos con el embelesamiento de Taine, quien señala que la estructura física de la región ha dejado sus huellas sobre la inteligencia. En este país nada es enorme o gigantesco. El ojo percibe sin esfuerzo las formas de los objetos y obtiene una imagen precisa. Todo es equilibrado, fácil y nítidamente perceptible por los sentidos. El mismo mar es proporcionado, calmado. Así, la naturaleza armónica, por medio de las formas, inclina al habitante a un cierto equilibrio. Un país que está dividido, que posee diferencias enormes entre montes y costas, muy fragmentado, es, sin embargo, la cuna de la idea de la armonía occidental que, claro está, posee raíces orientales que los griegos habían recogido de otras tradiciones.

El embelesamiento de Taine, con ser inocente, va a dejar numerosas cuestiones estéticas pendientes para nuestra reflexión. La Estética, como disciplina filosófica, se dirige al universo de la sensibilidad, de la emoción, de la belleza. La armonía es su nudo gordiano con la realidad circundante.

La idea de armonía, según G.S. Kirk y J.E. Raven, recopiladores de los fragmentos de Heráclito, es una conexión, un medio de unión a través de tensiones opuestas, que garantiza la coherencia. Lo expresan así:

“Podemos inferir que si el equilibrio entre los opuestos no se mantuviera, si, por ejemplo, el calor comenzara a sobrepasar con exceso al frío, o la noche al día, cesaría la unidad y coherencia del mundo, exactamente igual que si la tensión de la cuerda del arco excede a la de los brazos, todo el complejo se destruye”.

El pensamiento dialéctico de Heráclito será de hecho, la base de los desarrollos posteriores del pensamiento de Hegel, Fichte, Schelling... y de los devaneos que los románticos alemanes, ingleses, franceses y otros tendrán con el Mediterráneo. Mas vayamos por partes. La imagen del río de

Heráclito ilustra la clase de unidad que depende de la conservación del equilibrio en el cambio. Todo se mueve y nada está quieto. No podemos sumergirnos dos veces en el mismo río. Aguas distintas lamen los cuerpos de aquellos que entran su cauce. Todo se expande, se junta, se separa, se acerca, fluye. La discordia es la base de la unidad. Vemos que la idea de armonía es envolvente, sugerente. Por eso, la llamada del mediterráneo es excepcional, seductora para todos los espíritus inquietos.

El mar Mediterráneo es una atracción permanente para todos los que buscan, como lo hicieron los románticos, la libertad y el amor. G.W.F. Hegel², sistematizador de la idea de armonía entre opuestos, al referirse al mediterráneo griego señala que la naturaleza obligaba a sus habitantes a una vida marina a la que se aventuraron muy pronto. Se movían libremente por tierra y bogaban con igual libertad por mar. Las relaciones con éste estaban, en Grecia, unidas a la firme y sólida posesión de aquélla. El espíritu dialéctico se manifiesta muy prontamente.

El arte en Grecia es un comienzo del goce, del disfrute individual y colectivo. Son los comienzos del arte bello. Pero no es una imagen de vanidad intelectual. La vanidad, según Hegel, no surge hasta que lo sustancial se ha separado de la individualidad, cuando se rompe la armonía filosófica. La necesidad, no sólo de recrearse, sino de exhibirse y, por este medio, de hacerse valer y gozarse en sí mismo, es el principal rasgo de los griegos. Hegel señala también que el arte empieza con el primer trabajo desinteresado. Por ello, debe considerarse como valor subjetivo del arte el hecho de que el individuo haga de sí mismo otra cosa y revele de esta manera a los demás que el carácter de la universalidad está impreso en él.

La naturaleza exterior no existe solamente para satisfacer la necesidad sensible como tal, sino que el hombre la usa también para su adorno. Los griegos tienen desde muy pronto el sentimiento de sí mismos y han de manifestar lo que son por sí mismos y conseguir que esto que son sea reconocido por los demás. A través del cuerpo el hombre muestra su destreza, fuerza, voluntad, energía, como Ulises, como Aquiles... El primer interés del espíritu consiste, por lo tanto, en transformar el cuerpo en un órgano cabal de la voluntad; los miembros deben dejar paso a la voluntad, de tal suerte que hagan inmediatamente lo que la voluntad quiere, como órganos del espíritu.

² HEGEL, G.W.F; *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

La habilidad es, de esta forma, un fin por sí misma, la energía de la voluntad que ha elaborado la inmediata corporalidad. Ahora es apta para presentar y expresar la voluntad, lo espiritual y así es como el hombre se representa a sí mismo como obra de arte.

El canto, la danza etc., todas las muestras de habilidad servirán también para exteriorizarla; están destinados al goce de una alegría sociable y serena. Después, en base a los propios desarrollos de estas concepciones estéticas, el canto se hará independiente. Lo universal y lo particular se subsumen en una misma realidad. Los contrarios se juntan y conviven armónicamente, es decir, en discordia, en movimiento continuo, en busca de nuevos valores y nuevos principios del espíritu.

2. La armonía en la Estética romántica

El movimiento romántico original, como señala J.L. Villacañas³ es aquel que surge en Jena a partir de 1797, aproximadamente, con autores como Schlegel, Novalis y otros. En su génesis hallamos la conjunción de dos elementos: por un lado, la profundización en el diagnóstico de las diferencias entre clasicismo y modernidad y, por otro, el reconocimiento de que el principio de la modernidad debe elevar al sujeto a punto clave del pensamiento y de la cultura. J.L. Villacañas matiza también que la dinámica cultural que anima este movimiento recibe su esencia de que ahora es el individuo el sujeto que debe alcanzar la reconciliación con lo infinito.

M. Gras Balaguer⁴ nos hace saber que el movimiento romántico, en su conjunto, carece de unidad. Existen, sin embargo, numerosas coincidencias que permiten hablar al menos de unos ideales comunes. La unanimidad reside en una manera de sentir y de concebir al hombre, la naturaleza y la vida. El “romántico”, señala este autor, es un inconformista ante la escisión del hombre moderno, entre el “yo” y la alteridad. Aquí se integra su aspiración por la fusión del sujeto con la obra artística, a partir de la cual se veía posible la reunificación del “yo” y el “no yo”, del Uno y el Todo. El yo romántico no quiere formar parte de la Naturaleza como una pieza más de su engranaje. Por el contrario, pretende su individualidad, su capacidad

³ VILLACAÑAS, J. L.; *La quiebra de la razón ilustrada. Idealismo y romanticismo*, Cíncel, Madrid, 1988.

⁴ GRAS BALAGUER, M.; *El romanticismo como espíritu de la modernidad*, Montesinos, Barcelona, 1988.

creadora y transformadora que extrae de sí mismo, de su interior, y plantea una relación con la Naturaleza en base a una comunicación del Uno al Todo, que desencadena su aspiración al infinito.

Tal y como señala Gras Balaguer, las ideas que configuran la estética del Romanticismo tienen su origen en una concepción muy particular del hombre y de la naturaleza. El origen de la misma lo podemos hallar en Kant al situar el centro de la filosofía en el interior del propio hombre. Kant procede a abrir nuevas posibilidades al conocimiento haciendo intervenir el sentimiento en el acto de conocer y ampliando su objeto. El hombre pretende conocer aquello que está más allá de lo meramente perceptible por nuestros sentidos.

M. Gras Balaguer señala también que Fichte y Schelling son piezas fundamentales en la constitución de la estética romántica. Fichte considera que el sujeto acaba descubriéndose a sí mismo en la alteridad. El yo fichteano es la cosa en sí, es irreductible. Se supera esa escisión con la Naturaleza que tanto inquietaba a los románticos. El mundo entero se convierte, para el sujeto, en un espejo que eternamente le presenta su soledad. Entre Fichte y Schelling, señala Gras Balaguer, Novalis representa la transición entre la filosofía que arranca del yo y la que parte de la Naturaleza. Novalis propone una estética contemplativa que, a la vez no renuncia a la Naturaleza. El Uno se halla en interrelación con la totalidad del universo; el yo y el mundo serían dos mitades integrantes, lo que permitía encontrar los límites del yo en la propia conciencia y no fuera.

Estas interpretaciones se completan con el punto de vista de Schelling. Con ello, obtenemos una visión de los fundamentos básicos de la estética romántica. El “yo” de Schelling se halla en constante actividad, es el yo del devenir, activo y dialéctico. Este sistema tiene como punto de partida una filosofía de la naturaleza y de ella se accede a una filosofía del yo. Es la idea de armonía, que concibe la Unidad entre el Uno y el Todo, el yo y la Naturaleza. Se admite la existencia de un mundo exterior que es opuesto al mundo interior. Éste, como yo, se acerca al primero para coexistir y reconciliarse con él. El hombre se proyecta en el infinito, lo que hace que crea en algo más allá del objeto.

En esta línea, la idea de armonía es la que permite la unidad de los contrarios y es la base filosófica y estética del devenir.

Ya hemos dicho que la libertad y el amor acompañan a la armonía. La libertad es entendida como necesidad del individuo para estudiarse y estudiar el mundo exterior y para lograr la comunicación del Uno con el Todo, en una síntesis hacia la infinitud. El amor aumenta el deseo, la aspiración

a un infinito inalcanzable. Es una dimensión más de la fusión del Uno y el Todo, su principal objetivo. El romántico sabe que el amor le precipita a la muerte y se la hace desear, descubriendo en ella un principio de vida. En la muerte el alma romántica encuentra a su vez la liberación de la finitud.

Este acercamiento a la infinitud, este redescubrimiento de la vida es el que permite que la fusión auténtica con la naturaleza se convierta en base de su pensamiento y de su acción. Y en este camino, la visión del Mediterráneo que señalaba Taine es especialmente intensa.

También Rafael Argullol⁵ se refiere a ese inimitable mundo Mediterráneo, del que Goethe, Lord Byron, Hölderlin y otros, harán su recreación a través de la imaginación y de la fantasía. Ese mundo, en el que la melancolía y los sueños se confunden, es el de la fusión con la naturaleza.

Según Argullol, cuando hablamos en el lenguaje cotidiano de naturaleza, la situamos en un ámbito exterior al hombre, casi ajena a él. Normalmente la idea de relación con el paisaje es para el hombre actual y urbano de un mero deslizamiento superficial sobre él, sin plantearse entrar en íntima fusión con él. Puede observarlo y mirarlo, pero rara vez siente que es mirado por él. El diálogo interrumpido con lo natural, en el que el contacto con el Mediterráneo es fundamental para el sentido romántico, encierra lo que Antoni Mari⁶ interpreta de Goethe como la visión cósmica, síntesis de contrarios, como totalidad unificadora de rasgos, características y comportamientos antitéticos que la razón lógica no logra comprender.

Es la idea de naturaleza antigua (Argullol) la que nos seduce y la que genera los sentimientos románticos de fusión con las cosas. La naturaleza antigua es aquella trabajada y consumida por la presencia del hombre. Aquella que ha aceptado un difícil maridaje con la civilización humana, asumiendo sus grandezas y decadencias. El Mediterráneo posee totalmente esa condición que atribuimos a la naturaleza antigua. El magnetismo del Mediterráneo estriba en su carácter fundador. Nuestros hábitos de pensamiento actuales, con todos sus defectos e intolerancias, parten de un principio de tensión dialéctica, de contradicciones y de discordias que darán paso al corpus hegeliano de unidad en las diferencias y en el que nuevos pensamientos e ideas basados en la contradicción, marcarán nuestros puntos de vista sobre las diferencias encaminadas irremediablemente a la

⁵ ARGULLOL, R; "Imagen y mito del Mediterráneo", en *Artifex* (nº 3), Barcelona, 1984.

⁶ MARI, Antonio; *Antología del romanticismo alemán*, 1979.

unidad. Y esto es Heráclito, es Hegel, es el romanticismo, somos nosotros. Es nuestra propia fundación de pensamiento la que está en cuestión. Claro es que las tradiciones griegas recogieron el legado de culturas y mundos muy distintos, pero la construcción que nos ha legado nuestra tradición cultural es la mediterránea.

La naturaleza de la que hablamos, sin dejar de serlo, es también humana. Y los románticos se van a centrar mucho en esta cuestión de la fusión interactiva naturaleza-ser humano. El cosmos (Argullol) es la belleza de un orden alimentado por las fuerzas antagónicas del desorden. Es la armonía que contiene la discordia y se vivifica en la lucha permanente de los contrarios. La unidad, la armonía, tutelan el juego violento de las potencias adversarias. Así, el cosmos, la belleza de un orden, rige el diálogo, a veces amistoso, a veces enemigo, entre el hombre y la naturaleza. El Mediterráneo es un mar que convierte al hombre en importante, que lo eleva a las magnificencias del espíritu.

El valor del cuerpo aparece nítido y palpable. El Mediterráneo permite al hombre observar la belleza de los cuerpos, del espíritu y de la naturaleza ante el caos y la destrucción, parte de esa unidad tan necesaria. La grandeza y la decadencia del mar Mediterráneo son la cara y la cruz de una misma moneda. Cuando el Mediterráneo comienza a perder su peso espiritual, los románticos lo recuperan, tratan de devolverle su dignidad, base para que el propio ser humano, en la fusión natural, recupere su propia naturaleza perdida. Los románticos tratan de salvarse salvando al Mediterráneo y éste, a su vez, se lo agradece fusionándose con ellos. Argullol considera que el futuro generado por el Mediterráneo, tras el Renacimiento, ya no habitaba en él. Las energías liberadoras se debían materializar en otros horizontes.

Creo que esos otros horizontes se hallaban en lugares del Romanticismo universal que, harto de la decadencia generalizada, utilizará la idea de libertad clásica que la Revolución Francesa intentó, con éxito relativo y fusionándola con las nuevas corrientes del liberalismo, llevar adelante.

Los románticos recuperarán el espíritu de búsqueda y aventura, liberándose incluso de las decepciones que esta revolución provocó posteriormente. El baile alrededor del árbol de la libertad se truncó en Alemania. Pero el Mediterráneo, la idea de naturaleza antigua, volvió a abrir las esperanzas y los sueños de Hölderlin, Goethe y otros.

El amor, la libertad constituían el sentido de la vida para todos aquellos artistas y pensadores que se acercaban al Mediterráneo, no tanto en busca de inspiración, como por una necesidad vital de reencuentro con la

armonía perdida, con las aspiraciones nunca alcanzadas. W. Dilthey⁷ glosa las figuras de varios pensadores románticos y al plantear este asunto señala, refiriéndose a Hölderlin, que las aspiraciones infinitas no pueden satisfacerse con ningún objeto finito ni con ninguna situación finita. El ansia de una humanidad más desarrollada no se sacia en ningún individuo. Es el nuevo sentimiento de la melancolía que también vivirán Lord Byron y otros.

En este ambiente de búsqueda de la belleza, de la calma, de la aventura, surge el interés del romántico por el Mediterráneo. Frederic V. Grunfeld y Dolores Udina⁸ señalan que si el Mediterráneo no hubiera existido, los románticos no habrían tenido más remedio que inventarlo. Pero como ya existía, lo descubrieron de nuevo e hicieron de él la meca del arte. Puede considerarse que un segundo renacimiento se produjo en Europa. Es un período en el que los románticos buscan impregnarse del Sur, un lugar para la vida interior y para decisiones importantes. Goethe se sintió feliz en Roma. Géricault y Corot comenzaron su propia revolución pictórica a la luz del Midi. Stendhal también fue feliz aquí, a orillas del Mediterráneo, y Berlioz encontró la base de todas sus obras importantes.

D. Udina y F.V. Grunfeld señalan que se trataba más de un asunto del corazón que de la mente. Parafraseando a Stendhal dicen que la sensación física de belleza llegaba flotando de todos lados, como soplos de aire. El amor, base de la armonía, de la fusión de contrarios, era una de las búsquedas incesantes de estos “turistas del Mediterráneo”. Según relatan estos autores, Goethe llegó a Italia a los 37 años, siendo ya el escritor más conocido de Alemania. Sólo le faltaba entonces una historia de placer significativa. Precisan que en la corte de Weimar había cultivado unas relaciones exclusivamente literarias (unas 170 cartas) con la fría Charlotte von Stein, cuya misión, como ella misma le comunicó era “hacer algo” de él. En Italia, Goethe, al fin sólo, tuvo tiempo de dedicarse a diversos menesteres hasta entonces poco cultivados. Sintió, gracias a una amante, cuya identidad no es revelada en las “Elegías romanas”, una sensación de mayor libertad vital, de existencia a un nivel superior, de ligereza y armonía.

Lord Byron, todo sentimiento, se lanzó a navegar por el Mediterráneo. En su viaje de Grecia a Albania pasó todo tipo de vicisitudes, lo mismo que Dumas y Berlioz. Pero todos ellos se sintieron libres, exultantes de dicha.

⁷ DILTHEY, W; *Vida y poesía*, México, F.C.E., 1978.

⁸ GRUNFIELD, F.V.; UDINA, D.; “El descubrimiento del Mediterráneo”, en *Quimera*, nº 54-55, Barcelona, 1980.

Byron tenía una amante en Italia, pero su desdén general hacia las mujeres hacía que su cautela aumentara. Stendhal, seguimos a Udina y Grunfield, desveló los aspectos más sublimes del amor en el Mediterráneo, señalando que el amor era, bajo estos cielos, un puro goce sin posibilidad alguna de imitación. Stendhal, de hecho, volvió a Italia huyendo de la confusión de la Restauración francesa, después de la retirada de las tropas napoleónicas de Rusia. Allí descubrió el auténtico sentido de su vida. Los azares se sucedieron y tuvo que volver a salir de Italia por problemas con el gobierno austriaco, que gobernaba en Toscana. Pero volvió después de la revolución de 1830.

Tal y como señala Martin Heidegger⁹, parafraseando a Kant, es fácil descubrir algo después que le han indicado a uno hacia donde hay que mirar. Hölderlin, en su poema "Grecia", ilustra a su vez una visión del mundo mediterráneo presente en todos los pensadores y artistas del romanticismo, de uno u otro modo. Pero él lo hace de una manera especial, señalando aspectos relevantes que harán que nuestras miradas se fijen especialmente en ellos.

Hölderlin va a mostrarnos un acercamiento a la idea central del pensamiento estético sobre la belleza. Heidegger señala a este respecto la importancia de las ideas sobre lo atlético y la capacidad de reflexión. Lo atlético es lo heroicamente guerrero, en el sentido de polémico, de la lucha de contrarios de Heráclito, como el movimiento donde lo atlético del cuerpo heroico no es ni lo meramente sensible ni lo plástico, sino el refulgir del espíritu que se abre paso luchando en su medida corporal y se capta en ello.

En sentido griego, el más alto entendimiento es la fuerza de la reflexión; esto es la capacidad de devolver reflejos. Pero lo que tiene su presencia en tal fulgor es lo bello. Ambas cosas, señala Heidegger son las maneras, en sí mismas unidas, de llevar la belleza a refulgir. Por eso, para Hölderlin, como para otros artistas y filósofos, lo uno es comprensible sólo unido a lo otro. Están reunidos en el sentido más elevado, nada sentimental.

El arte, como suprema forma del signo, deja aparecer, señalándolo, lo invisible. Lo que se muestra e irradia por sí mismo, es también lo verdadero: la belleza. Por eso el arte es necesario para alcanzar la armonía. Y también lo son el cielo y la tierra mediterráneos, el cielo y la tierra de Grecia.

La unidad del todo, de la tierra y el cielo, es la base de la estética romántica, el sueño de una nueva fundación, en la que el cielo, la tierra, el

⁹ HEIDEGGER, M; *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*, Ariel, Barcelona, 1983.

hombre, la naturaleza sean una y a la vez múltiples cosas. Es lo infinito, el surgir del pensamiento como fusión de los distintos elementos en la naturaleza armónica.

De la misma forma que el cielo y la tierra mediterráneos, el todo unificador en el que el amor va a tener una importancia excepcional, agrupa las diferentes discordias en uso. Javier García Sanchez, señala:

“El amor, en Hölderlin, se ve siempre absorbido por el entrópico y legítimo reflujo del Todo. Sigue su curso relativamente libre, pero lo que llega a representar para el espíritu, es decir su apariencia eidética, se consuma dentro de la idea modal del absoluto”¹⁰.

El absoluto engloba cualquier concepto. Entre el amor y la totalidad hay una relación directa. Diotima, la amada de Hölderlin, su sueño inalcanzable, encarna una lucha en el mundo de los valores. En este mundo, la monótona cotidianeidad del amor burgués no tiene cabida. El amor de los románticos encuentra su clave precisamente en la ausencia, en la distancia física. Diotima es su diosa, la ausencia-presencia, la mezcla de contrarios, la posibilidad de una unión alejada de los convencionalismos, una unión espiritual.

Gras Balaguer considera que en el amor romántico hay una aceptación de la autodestrucción y del pathos trágico que le es inherente, porque en él se deposita la esperanza en un renacer, en la armonía del Uno y del Todo, y en él se encarna toda la rebeldía romántica. En la muerte, la mayor ausencia, el alma romántica encuentra, a su vez, la liberación de la finitud. Diotima se lo comunica así a Hiperión: “Sólo nos separamos para estar unidos más íntimamente, más divinamente en paz con todo. Morimos para vivir”.

Todos los acontecimientos, desde el carnaval hasta las aventuras amorosas, pasando por el bandolerismo tan en boga, hacían que los románticos sintieran que un reencuentro con el mundo de la armonía era posible. La hipótesis de este reencuentro con la armonía perdida volvió a tener un incuestionable valor en sus vidas.

El mundo romántico, en busca de la armonía, descubre el amor como interacción con los demás seres y con la naturaleza. Pero en el amor hay un reconocimiento del otro que es imprescindible para poder entender la idea del todo unificador. No se trata de uniformizar sino de interaccionar, de

¹⁰ GARCÍA SÁNCHEZ, Javier; *Hölderlin*, Barcanova, Barcelona, 1982.

establecer las bases armónicas del entendimiento. La reflexión, el saber filosófico, el sentimiento de unidad, son la base de una nueva fundación del pensamiento. Nuevas mentalidades para nuevos mundos. A través del viaje iniciático al mundo de la reflexión y del entendimiento, podemos comprender la necesidad de establecernos estéticamente en el mundo de la armonía mediterránea.

El arte, es una herramienta de liberación, de reconocimiento del otro, de la recuperación de la armonía perdida, de una nueva mentalidad, donde la fusión con la naturaleza se convierta en el mayor logro del ser humano. Esto, a su vez, supondrá, probablemente, su propio fin como entidad degradada y finita y el comienzo de lo infinito, de lo absoluto en su propia libertad.

Bibliografía

- ARGULLOL, R.: "Imagen y mito del Mediterráneo", en *Artifex* (nº3), Revista de Estética, Barcelona.
- DILTHEY, W.: *Vida y Poesía*, México, F.C.E., 1978.
- GRAS BALAGUER, M.: *El romanticismo como espíritu de la modernidad*, Barcelona, Montesinos, 1988.
- GRUNFIELD, F.V.; UDINA, D.: "El descubrimiento del Mediterráneo", en *Quimera*, nº54-55, Barcelona.
- HEGEL, G.W.F.: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- Estética* (2 vls), Barcelona, Alta Fulla, 1988.
- HEIDEGGER, M.: *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*, Barcelona, Ariel, 1983.
- HÖLDERLIN, F.: *Hiperión*, Madrid, Hiperión, 1980.
- MARI, A.: *Antología del romanticismo alemán. El entusiasmo y la quietud*. Barcelona, Tusquets, 1979.
- PLATON: *República*, Madrid, Gredos, 1986.
- SANCHEZ, J.G.: *Hölderlin*, Barcelona, Barcanova, 1982.
- TAINE, H.: *Filosofía del Arte*, Madrid, Aguilar, 1957.
- VILLACAÑAS, J.L.: *La quiebra de la razón ilustrada. Idealismo y romanticismo*, Madrid, Cincel, 1988.